

La resistencia

El poderío de las oprimidas

JANET W. MAY*

Las mujeres quieren poder
(Lagarde 1996, 208)

Sí, queremos poder. Es la peor pesadilla del reino de los opresores. En esta pesadilla, lo que queremos es invertir el poder. Queremos el control, tal como ellos lo han tenido. Tal como lo afirmó Paulo Freire hace décadas,

Es que, casi siempre, en un primer momento de este descubrimiento, los oprimidos, en vez de buscar la liberación en la lucha y a través de ellas, tienden a ser opresores también o subopresores. La estructura de su pensamiento se encuentra condicionada

* Janet May es profesora en la UBL.

por la contradicción vivida en la situación concreta, existencial en que se forman. Su ideal es, realmente, ser hombres, pero para ellos, ser hombres, en la contradicción en que siempre estuvieron y cuya superación no tienen clara, equivale a ser opresores. Éstos son sus testimonios de humanidad (Freire 1970, 35).

Esto es lo que los hombres opresores y sus cómplices temen. Y es verdad. Hay mujeres que quieren esa clase de poder. Quieren la compensación por incontables años de abusos, desprecios y exclusiones. ¿Y, por qué no?

Por cierto, el papel de opresor parece privilegio, pero es un privilegio carcomido de pesadillas y de amenazas, reales e imaginarias. El opresor sabe que solamente mantiene su privilegio mediante el poder, la amenaza y la violencia. Teme que algún día estalle una revolución en que las oprimidas le arrebaten sus privilegios. O, peor aún, desde su punto de vista, teme que algún cambio en su identidad masculina traerá sobre él el repudio de los otros varones. Como dicen José Manuel Salas y Alvaro Campos, “La identidad masculina se caracteriza por la reafirmación permanente de su poder y de la demarcación de los límites de su masculinidad. Nada ni nadie debe poner en duda su condición” (2001, 333).

Lo anterior nos permite decir que la masculinidad requiere, entre otras pero de manera preeminente, de una “validación homosocial”: se construye de manera permanente bajo el escrutinio de los otros varones, bajo la mirada omnipresente de otros. Ellos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra la hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño. Por tal motivo es tan importante alardear las conquistas para competir en muchos terrenos. Compiten por indicadores de la virilidad: riqueza, poder, posición social, mujeres atractivas. La virilidad como construcción social es histórica y cultural (Kimmel 1994 en Salas y Campos 2001, 333).

El opresor sabe que solamente mantiene su privilegio mediante el poder, la amenaza y la violencia.

Vivimos en el mundo real de la opresión diaria. Es en este mundo donde tenemos que sobrevivir y desarrollar nuestras vidas. Basta echar una mirada a las estructuras de poder para entender esta afirmación. Los poderosos imponen tratados internacionales -en sus países y en otros- que no harán otra cosa que seguir enriqueciendo a los ricos y empobreciendo a las y los pobres. En la vida diaria, no es difícil encontrar a pequeños tiranos prepotentes que no escuchan a otras y otros, que no les importa el bienestar de otras personas, ni sus esperanzas, ni aspiraciones. Se encuentran en casas, iglesias, oficinas y calles de todo el mundo. Sin embargo, ellos se socavan a si mismos. Su poder es efímero y durará solamente mientras logren imponerlo.

Muchas personas oprimidas, mujeres y hombres, sobreviven en este mundo, adaptándose y aceptándolo. Se convierten en cómplices.¹ Como dice Marcela Lagarde,

En relación al poder de dominio, la construcción de la libertad pasa generalmente por un proceso complejo de formas de enfrentar los discursos, las acciones y las relaciones signadas por el dominio: una que es la óptima desde el orden patriarcal consiste en asumir la naturalidad del dominio y de la opresión, asumir la propia inferioridad, la desigualdad de oportunidades, de trato, de bienes y de recursos, integrar la carencia como parte de la identidad y vincularse para obtener un sitio subordinado, y el privilegio de servir al poder, trabajar para, y perderse como individuo (Lagarde 1996, 212).

Hay muchas cómplices que creen estar felices. Tienen vidas privilegiadas de primeras damas, de esposas de hombres de prestigio, de madres de hijos famosos o no tan famosos. Reciben flores, regalos y besos el Día de la Madre, reciben expresiones de respeto en sus iglesias -todo mientras que no divulguen palabra ni pensamiento alguno que desafíe el estatus de siervas permanentes del amo. Otras

¹Para una discusión amplia de estrategias de adaptación y cambio, ver Van Nostrand 1993. Su diagrama en la p. 37 es de interés especial.

mujeres, de clases menos privilegiadas, pasan la vida en imitación de las cómplices ricas. Trabajan como esclavas a cambio de halagos y desprecios, sobreviviendo de un día al otro, de una desesperanza a otra. Ricas o pobres, algunas pueden convencerse de estar felices. Pueden concluir que así es cómo Dios ordenó que sea el mundo de ellas, y que ésta es la forma correcta de vivir.

Pero, al final de cuentas, para opresores y oprimidas estos papeles son destructivos. Como observa Paulo Freire,

La deshumanización, que no se verifica sólo en aquellos que fueron despojados de su humanidad sino también, aunque de manera diferente, en los que a ellos depojan, es distorsión de la vocación de SER MÁS. Es distorsión posible en la historia pero no es vocación histórica. ... La violencia de los opresores, deshumanizándolos también, no instaure otra vocación, aquella de ser menos. Como distorsión del ser más, el ser menos conduce a los oprimidos, tarde o temprano, a luchar contra quien los minimizó. Lucha que sólo tiene sentido cuando los oprimidos, en la búsqueda por la recuperación de su humanidad, que deviene una forma de crearla, no se sienten idealistamente opresores de los opresores, ni se transforman, de hecho, en opresores de los opresores sino en restauradores de la humanidad de ambos. Abí radica la gran tarea humanista e histórica de los oprimidos: liberarse a sí mismos y liberar a los opresores (Freire 1970, 32-33).

Cuando las oprimidas empiezan a intuir su anhelo de SER MAS, la vida se complica. Ven que la vida no es tan sencilla como predicaban los opresores. Muchas cosas pueden despertar este anhelo. Por un

Cuando las oprimidas empiezan a intuir su anhelo de SER MAS, la vida se complica.

lado, el abuso doméstico no conoce límites de clase y quién sabe qué enfermedad habita en la mente de los agresores, que tienen que verlas sufrir para sentirse hombres. Por otra parte, un día las mujeres piensan que en su vida, podrían ser personas por sí mismas, no hija de ..., esposa de ..., madre de ..., o secretaria de .., sino personas propias. Allí empiezan a pensar de sí mismos/as

como personas que, de por sí, merecen derechos, dignidad y respeto, sólo por ser personas, no por ser la mujer-en-relación con un hombre. Es allí cuando empiezan a cuestionar el orden de las cosas.

Cuando descubren su propia persona, como ser-que-vale, empiezan a ver su posición en el mundo y ver que no todo tiene que ser como es hoy. Empiezan a ver que el poder fija límites y que los privilegios son ilusorios. Empiezan a enfrentar el mundo como es, en busca de un mundo como podría ser. Es otra forma de enfrentar la realidad y el poder. Como dice Marcela Lagarde,

Otra forma de enfrentar el poder es la resistencia. ... Las mujeres descubren, inventan formas de resistencia al discurso, al orden, a las relaciones y las prácticas del orden patriarcal. Se defienden al resistir, algunos de sus comportamientos se caracterizan por la desobediencia que no llega a ser civil por su carácter de aislamiento y silencio. Sin embargo, la desobediencia de los mandatos es una de las manifestaciones más generalizadas como rechazo al orden, aún cuando no se tenga conciencia de ello. En la resistencia hay un nivel más profundo caracterizado por dejar de hacer los deberes de género y, en ese aspecto, hay una gama enorme de hechos. Desde las pequeñas huelgas domésticas, hasta las huelgas sexuales, maternas y otras más. Las mujeres no cumplen con aspectos fundamentales de su condición de género. Y, por esa vía, algunas van encontrando también caminos de realización y desarrollo. ¡Cuántas mujeres han estudiado contra la voluntad de padres, familias e instituciones en un desconocimiento del mandato de ignorancia!

Un nivel más de complejidad en la respuesta de las mujeres al poder de dominio se encuentra en la subversión. Cantidad de mujeres subvierten el orden familiar, conyugal, laboral y de todo tipo con acciones opuestas y contrarias al deber de género. La subversión significa optar por acciones negadas o prohibidas pero contenidas en el orden. Como la construcción simbólica y parte de la construcción social genérica son binarias, las mujeres se encuentran en la condición masculina lo opuesto a lo propio. Y asumen o adoptan hechos asignados a los hombres por desobediencia o resistencia, en rebeldía: no hacen lo debido y además subversivamente ponen el mundo al revés.

También la subversión ha abierto innumerables puertas de acceso a otras posibilidades de vida a las mujeres. Finalmente, la síntesis de todas las formas anteriores de enfrentar el dominio es la transgresión. Y es a la vez inauguración de una alternativa distinta. Se trata del establecimiento de un orden propio no definido por las normas tradicionales. La transgresión conlleva el trastrocamiento: desde la perspectiva de género es la consolidación de la alternativa feminista. El extrañamiento del mundo y la búsqueda de definiciones propias, la colocación o posicionamiento de las mujeres como protagonistas de sus vidas y la búsqueda de la consecución de fines propios. Obviamente se ha dado un paso a una alternativa al orden y se está en otro paradigma (Lagarde 1996, 212-213).

Resistencia - desobediencia, subversión y transgresión – son palabras que perturban los sueños de los hombres machistas y de sus cómplices. Son apenas palabras, pero susurran un mundo que empieza a cambiar, un mundo donde el poder de los pocos está cuestionado. Peor, está amenazado.

James Poling, un teólogo pastoral estadounidense, estudió las formas de resistencia expresadas en diferentes situaciones históricas de su país. Comenta los ejemplos que escogió:

Harriet Jacobs [una esclava, concubina de Thomas Jefferson] resistió ... mediante el silencio, por la insubordinación, por esconderse y por escaparse. Ida Bauer [la famosa “Dora” de Freud] resistió, ... contando los secretos de su familia, no sometándose a los diagnósticos equivocados de Freud, y por salir de la terapia [que más buscó acomodarla al sistema dominante que respetar y apoyar su derecho a la libertad]. Los esclavos y las esclavas sabotearon, rebelaron, y escaparon. Las mujeres blancas [del siglo XX, en búsqueda de la participación política] marcharon y organizaron manifestaciones públicas. Las mujeres abusadas por Peter Donovan [un pastor evangélico, agresor sexual] revelaron los abusos secretos y demandaron justicia. Las mujeres negras critican las suposiciones y políticas de nuestro gobierno en cuanto a familias negras. Dondequiera que esté la maldad, habrá resistencia. La comprensión de la resistencia es crucial para la comprensión de la opresión por raza y género (1996, 103).

Trabajando mayormente sobre la resistencia al apartheid en África del Sur, James Scott (1990) retrata más ampliamente las formas de resistencia y su expresión en distintos ambientes. Tras la espalda de los opresores, los y las oprimidos construyen espacios para contar sus historias, releer los textos sagrados desde una óptica que mantiene la esperanza, para llorar, reír y celebrar, para ensayar formas de resistencia que encontrarán luego expresión en presencia de los opresores, para organizarse, para disciplinar a las y los que están flaqueando en la lucha. De la cara a los opresores, la resistencia toma la forma de una subordinación que anida insubordinación, de silencio para evitar peores pérdidas, de rebeliones indirectas que son difíciles de confrontar, de confrontaciones disfrazadas que defienden límites o pugnan las posibilidades de nuevas ganancias, y de confrontaciones directas y hasta violentas.

En la vida diaria, a niveles amplios y en los pequeños espacios, la resistencia está aumentando. Todas las personas que participan en las formas diversas de resistencia rechazan el papel de “ser menos”, afirmando su dignidad humana y sus derechos. Probablemente, empezarán con formas sencillas de desobediencia, formas disfrazadas que el opresor no reconozca como tal. Una de estas experiencias la narra Raquel, una mujer que vivió en casa de un pariente que intentó violarla:

De la cara a los opresores, la resistencia toma la forma de una subordinación que anida insubordinación, de silencio para evitar peores pérdidas, de rebeliones indirectas que son difíciles de confrontar; de confrontaciones disfrazadas que defienden límites o pugnan las posibilidades de nuevas ganancias, y de confrontaciones directas y hasta violentas.

Yo puse una mesa y la cama en la puerta de mi cuarto. Cerré bien las ventanas ... Cuando desperté, él me estaba tocando y estaba casi encima mío. Yo me asusté mucho y no pude gritar pero, de repente, me entró una furia y lo tiré de la cama. Le di patadas en el suelo, le tiré la silla y todo lo que me encontré. Él se asustó mucho, pensó que tenía un ataque de epilepsia, porque otras veces me habían llevado al hospital por eso, así que él me decía: "Cálmese ya, si quiere la llevo al hospital". Por esa noche eso me salvó." (Raquel en Colectivo Pancha Carrasco 1992, 43).

Otra forma es la resistencia invisible, fuera de la vista del opresor. Un ejemplo de esto es cuando las mujeres y los hombres optan por métodos de planificación familiar, desde el sencillo condón hasta inclusive la esterilización. Frente a la oposición estridente de voces teológicas poderosísimas, no lo hacen en forma de confrontación directa. Toman sus decisiones y actúan a nivel privado, fuera de la vista y alcance del opresor. Estas son formas ocultas o indirectas de resistencia.

En otros momentos, la desobediencia es visible, pero se manifiesta de una forma en que es difícil que el opresor controle o castigue. Como Raquel concluyó su relato, "las siete noche restantes [en que el tío intentó violarla], ... yo me defendía" (43). Otro ejemplo viene de una estudiante de teología:

En mis estudios teológicos, fui estudiante sobresaliente. Entregué un trabajo escrito en una clase que empecé, "El Dios padre está muerto ..." El profesor me dio una nota de aplazada.

Pensé: ésto es ridículo. Yo soy estudiante excelente, con beca completa y recibiendo notas sobresalientes en todos los demás cursos. La única razón de que este profesor me aplaza es porque él no está de acuerdo con mi tratamiento de la temática.

Decidí cuestionarlo sobre la calificación, así que fui a su oficina. Cuando entré, me sentí asertiva, competente y con confianza. Dije, "Quisiera que usted reconsidere esta nota; creo que me aplazó en este trabajo solamente porque no estuvo de acuerdo con el contenido."

Su respuesta fue inflexible. ... No sabiendo qué mas hacer, fui a otra estudiante para que me diera consejo. Ella dijo: "Yo sé cómo manejarlo. Sólo entrás y llorás – te dará lo que quieres."

Yo no quise manipularlo con el llanto, pero temía esa calificación en mi expediente académico. Así que, volví a verlo, e hice exactamente lo que la otra me aconsejó: lloré.

Esto cambió el balance de poder entre nosotros. Ahora, en vez de verme como una mujer asertiva y con confianza, o como una persona igual a él, podría consolarme y respondió: "Está bien, niñita, todo estará bien."

Conseguí lo que quise por asumir el papel femenino tradicional. No me gustó manipular porque sentí que comprometía mi autorespeto. Pero, aparentemente, este fue el único nivel en que él podría oírme – un nivel donde él aún mantuvo el control y el poder (Dickson en Van Nostrand, 50).

Con el transcurrir del tiempo, puede ser que la desobediencia conduzca a la subversión. Las protestas en contra del Tratado de Libre Comercio y las marchas de oposición a la violencia contra las mujeres son algunos ejemplos de ello. La lucha organizada de personas viviendo con VIH/SIDA para tener acceso a los medicamentos y servicios de salud, es otro ejemplo de la resistencia que surge a partir de la opresión. Las comunidades locales se organizan para proteger los bosques y humedales que la avaricia todavía no ha logrado acaparar. En la vida diaria, las mujeres agredidas y/o abusadas ya no se esconden avergonzadas. Por difícil que sea, denuncian a sus agresores y buscan reconstruir sus vidas sin violencia. Buscan el apoyo de agencias gubernamentales y eclesíásticas, se organizan en grupos de autoayuda como el Hogar Esperanza [Costa Rica], que acompaña a personas con VIH/SIDA, o el Colectivo de Mujeres Pancha Carrasco, que acompaña a mujeres en proceso de superación de diferentes formas de violencia de género. Las personas que participan en diversas formas de resistencia no aceptan pasivamente el papel de "ser menos", sino afirman su dignidad humana y sus derechos.

Nosotras, las mujeres -posiblemente la mayoría-, imaginamos un mundo transformado. Queremos el poder, sí. Retomando las palabras de Marcela Lagarde, pero ya dentro del contexto de lo que ella quiso decir, afirmamos que:

Las mujeres quieren poder. El poder que quieren las mujeres no es el poder tradicionalmente reconocido como tal. Implica un trastrocamiento del orden patriarcal y de todos los órdenes opresivos, y contiene también un cambio radical en la concepción sobre el poder. A diferencia del poder hegemónico que es el de dominación, las mujeres, desde una ética distinta construyen el poder de afirmación, no sólo opuesto al poder de dominio, sino paradigmáticamente diferente. ...

Se trata del poderío de las mujeres conformado por un conjunto complejo de soportes, recursos y condiciones vitales: es el poder para vivir sin el riesgo que hoy significa la vulnerabilidad de género; para afirmarse y encontrar correspondencia de soporte y afirmación en el mundo; poder para acceder a los recursos y los bienes en la satisfacción de sus necesidades y colmar sus privaciones en la satisfacción de sus necesidades; poder de intervenir con paridad en todas las decisiones y asuntos del mundo; poder para no ser oprimidas y relacionarse con los hombres en igualdad de condiciones; poder para reconocerse en las instituciones y en la cultura para que les sean propias, para sean sus espacios, y sus contenidos estén basados en el respeto absoluto a los derechos humanos de las mujeres. Poder para no sentirse extrañas en el mundo que les es propio. Poder de protagonizar cada una su vida y ser reconocidas como género, como un sujeto histórico. El poderío de las mujeres es ser humanas y vivir en libertad (Lagarde 1996, 208-209).

Anhelamos un mundo de iguales, de mutualidad, de inclusión. Queremos construir un mundo en que prevalece la

comprensión e interrelacionalidad de la afirmación de la identidad y la autoestima de las mujeres, en un medio multiétnico y por tanto pluricultural y multireligioso, donde para la sobrevivencia humana y del planeta, se hacen necesarias la aceptación y respeto de las diferencias, la unidad en la diversidad y el apoyo solidario mancomunado que brota de la compasión (Geymonat 2003, 35).

Este es el espacio de la transgresión. La buena noticia es que ese mundo no es sólo un anhelo. Hay señales en todos los países de este cambio, aunque sean cambios pequeños y procesos largos. Un ejemplo de esto en Chile es ANAMURI, un grupo de

Anhelamos un mundo de iguales, de mutualidad, de inclusión.

mujeres rurales organizadas de Arica a Chiloé en Chile y a mujeres indígenas de pueblos originarios Aymaras, Kollas, Diaguitas, Mapuches, Quechuas que son pequeñas productoras, pescadoras, artesanas, crianceras, asalariadas agrícolas, cultivadoras del folclore y de las tradiciones de nuestros campos. Son alrededor de seis mil mujeres organizadas en asociaciones, talleres, sociedades productivas, sindicatos, cooperativas y comités. ... Forma parte de una red de mujeres campesinas vinculada con la Vía Campesina, una red internacional de movimientos campesinos que tratan de independizarse de la Organización Mundial de Comercio y defender políticas alternativas de producción y comercio ("Anamuri" en Con-spirando 50:7).

Según el contexto y las oportunidades en América Latina, la resistencia ha tomado distintas formas. Las organizaciones de mujeres, de indígenas, y de otros grupos sociales construyen alternativas que afirman y fortalecen su poderío. Desobedecen, subvierten y transgreden las reglas del mundo de los machistas poderosos. En este ensayo exploramos algunas de sus múltiples manifestaciones, celebramos sus ganancias y nos retamos a nuevas insubordinaciones.

Bibliografía

“Anamuri. Guardianas del campo chileno” en *Con-spirando* 50:7. 1992.

Colectivo de Mujeres Pancha Carrasco. 1992. *Tiré el silencio afuera. Sistematización de la experiencia de un grupo de apoyo mutuo y reflexiones sobre la violencia contra la mujer*. San José: CMPC.

Colectivo editorial. 1992. *Con-spirando: revista latinoamericana de ecofeminismo, espiritualidad y teología: Comunidades sustentables, un sueño posible*, 50.

Dickson, Jean Boese. 1992. “A theological tale” en Van Nostrand, 50.

Freire, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. Traducido del portugués por Jorge Mellado. México, DF: Siglo Veintiuno.

Largarde, Marcela. 1996. *Género y feminismo: Desarrollo humano y democracia*. Madrid: horas y horas.

Geymonat Armand Ugón, Fanny. 2003. *Nombrando a Dios en los Andes: Una perspectiva teológica feminista desde un contexto multiétnico y pluricultural*. Dissertación doctoral. San Francisco, CA: San Francisco Theological School.

May, Janet. 2002. *Género e identidad*. Módulo de estudio. San José: SEBILA.

Poling, James Newton. 1996. *Deliver us from evil: resisting racial and gender oppression*. Minneapolis: Fortress.

Salas, José Manuel y Álvaro Campos. 1991. “Masculinidad en el Siglo XXI” en May 2002, 329-349.

Scott, James C. 1990. *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*. New Haven and London: Yale University Press.

Van Nostrand, Catherine Herr. 1993. *Gender-responsible leadership: detecting bias, implementing interventions*. Newberry Park, CA: Sage.